

Bruckner y la experiencia sublime

Existe la percepción de una asociación muy fuerte entre la música de Bruckner y la religión, específicamente con el catolicismo. El hecho de que Bruckner creciera en el monasterio de St. Florian en Austria, donde fue organista en su iglesia durante muchos años obviamente apoya esta vinculación. Por otra parte, hay elementos en su música sinfónica que recuerdan la música sacra, tales como el uso frecuente de temas y orquestación que recuerdan “corales”. Además, en el desarrollo de sus sinfonías uno tiene la sensación de estar frente a algo inmenso, lo cual para muchos, recuerda la figura de Dios. Estas asociaciones dificultan un acercamiento a Bruckner desde el punto de vista puramente humano. Sin embargo, éste es precisamente el punto de vista más interesante.

De las tres razones enumeradas, las dos primeras son relativamente fáciles de poner a un lado. Un aspecto de la vida de un artista no necesariamente determina el enfoque de su arte. Es más, el uso de elementos biográficos para interpretar el arte es muy peligroso, ya que mientras más grande y universal es el artista, menos influyen aspectos de sus anécdotas personales. Por otra parte, el uso de “corales” no necesariamente implica un contenido similar al de la música sacra. Podría ser simplemente un lenguaje musical que el compositor domina bien.

La tercera es más importante. La sensación de estar frente a algo inmenso es una característica central en la música de Bruckner y podríamos decir que es el objetivo principal de su música. De esta manera nos acercamos a lo “sublime”. La palabra implica traspasar un umbral, o sea, sentir que estamos en un nivel de experiencia diferente al cotidiano producido al confrontar algo que rebasa nuestra capacidad de entendimiento racional. En muchos casos es acompañada de un sentimiento de terror. El resultado es una transformación o catarsis que nos saca de lo cotidiano y nos lanza, sin misericordia, a territorio desconocido. La experiencia sublime está asociada con fenómenos telúricos como terremotos o tormentas, pero, desde la antigüedad, se ha sugerido que fenómenos de creación humana también pueden producir el mismo efecto. El primer trabajo conocido sobre lo sublime fue escrito en la antigüedad por el griego Longinus, quien hace un tratado sobre la oratoria describiendo cómo el público puede ser llevado a la experiencia sublime por un gran orador. De allí podríamos especular que la música tiene el potencial de ser un medio aún más efectivo.

La manera de procesar psicológicamente esta experiencia depende de la actitud que uno tenga. Algunas personas, la mayoría realmente, adjudica todo lo no comprendido al mundo sobrenatural, con Dios a la cabeza de ese mundo. Otras no dejan de tratar de entender, aunque estén concientes de las limitaciones de nuestro conocimiento. O sea, si estamos concientes de nuestras limitaciones intelectuales, no necesitamos adjudicarle al plano sobrenatural o mágico, lo no entendido. Aceptando la capacidad de Bruckner para inducir una experiencia sublime, no sabemos cuál fue su actitud frente a ella ni importa en el momento de enfrentarla nosotros. Ésta es una experiencia individual que, paradójicamente, nos aleja de nuestra individualidad disolviéndonos en el todo. Cada individuo interpreta ese evento a su manera dependiendo de la actitud que éste tenga frente a lo desconocido: o bajamos la cabeza ante Dios y el misterio refugiándonos en la

“certeza” de su bondad, o nos avocamos a buscar un entendimiento más profundo de nuestro ser y del universo con la libertad que algunos “locos” sienten saliendo a la intemperie en medio de un huracán.

Quizás tratar de entender la relación entre los fenómenos telúricos y lo sublime nos puede ayudar a comprender mejor la música de Bruckner. Vivimos “felices” disfrutando nuestra posición preeminente en el mundo. Somos la criatura más inteligente y más apta de este planeta y quizás de todo el universo. La sensación de control que ejercemos sobre nuestro medio ambiente nos conforta. Además, la “civilización” en que vivimos nos hace sentir que las reglas morales impuestas nos dan seguridad. Confrontar la amoralidad de un terremoto sacude tan violentamente este confort y seguridad que nuestra razón no es capaz de asimilar nuestra propia vulnerabilidad.

Sorprende que un “campesino” católico como Bruckner pudiese ser capaz de componer música que evoque la fuerza telúrica de un terremoto. ¡Qué complejas pasiones existían en el corazón de ese hombre! Podemos oír cómo lo hace: con la repetición hipnótica de figuras melódicas sencillas, con largos *crescendos* y con masas de sonido abrumadoras. Así nos lleva a enfrentar el terror del abismo, de lo desconocido. Y ese abismo nos atrae con una fuerza erótica elemental porque en él los opuestos coexisten: somos y no somos en el mismo instante. Sabemos que ahí sentiremos lo que no podemos sentir en ningún otro momento. Mi propia experiencia me enseña que cuando se logra entrar al mundo de Bruckner, lo que allí se oye y se siente se convierte en una necesidad. En ese mundo se abren caminos que permiten el contacto con aspectos profundos de nuestro ser que normalmente están cerrados a nuestra conciencia.

Aunque lo sublime está, en mayor o menor grado, en toda la música de Bruckner, es en las tres últimas sinfonías en las que el compositor, en su madurez, logra crear esta experiencia con mayor contundencia. De éstas, es el Adagio de la Octava Sinfonía el que más se asocia a lo sublime. Muchos consideran este el más grande Adagio de todos los tiempos.

Acercándonos más a la Octava, nos damos cuenta de que está en la tonalidad de do menor, una tonalidad asociada a la tragedia, pero con énfasis en la tragedia individual: el hombre frente a su propio destino. Además, esta individualidad es el punto de partida y fundamento de la ética heroica si asumimos, con decisión y coraje, el enfrentamiento con nuestro destino. Paradigmático de este enfoque es la Quinta Sinfonía de Beethoven en la misma tonalidad. De hecho, el primer movimiento de la Octava de Bruckner tiene una actitud heroica muy marcada que incluye una relación rítmica del tema principal con el *leitmotif* del héroe Siegfried del *Anillo del Nibelungo* de Wagner (este *leitmotif* es tocado por los cornos en su forma original en el Adagio de la sinfonía, durante el largo ascenso al clímax sublime). El Scherzo, típico de Bruckner, es una danza con los demonios, aunque el Trío parece ser la antípoda de esto con su nostalgia muy poco heroica pero, en todo caso, muy humana. Es interesante que aquí está colocado como segundo movimiento, similar a la Novena de Beethoven. De esta manera, los dos primeros movimientos, los más cortos, forman la primera unidad en un gran tríptico sinfónico.

El famoso Adagio tiene tres grandes secciones más la Coda, con dos grupos temáticos desarrollados en cada una de las tres. El primer grupo es visionario y de largo aliento, características asociadas a la ética heroica. El segundo grupo es más emotivo y personal. Las dos primeras secciones presentan y desarrollan los temas. En la tercera sección, con el primer grupo temático, llegamos al clímax, enfrentándonos así al abismo, tanto en lo profundo como en lo inmenso. Ya en esta tercera sección, el segundo grupo temático es reducido a su mínima expresión. La Coda tiene una gran estabilidad armónica, apoyando así la calma objetiva que resulta de la experiencia sublime.

Habiendo alcanzado una consistencia interna, podemos arrojarnos al mundo, en el último movimiento, con mayor fuerza y decisión. El cuarto movimiento es, sin duda, el final más exitoso de cualquier sinfonía de Bruckner. Generalmente, las obras de este compositor se destacan más por su comienzo que por su final, más por los caminos que abren que por el territorio efectivamente conquistado. El final de la Octava es un movimiento sumamente largo y complejo, lo cual dificulta poder llegar al final en forma coherente. Sin embargo, el camino puramente humano y heroico planteado en esta sinfonía desde su comienzo, hace posible que Bruckner logre un desenlace exitoso ya que se desarrolla el movimiento con una lógica tan convincente como compleja. Así llegamos al final de la sinfonía con una fuerza y contundencia sin precedentes en la obra del compositor. Una actitud firme, decidida y fundamentada en la ética heroica proporciona la mejor posibilidad de lograrlo.

Es aleccionador que Bruckner logra su momento más sublime y su final más convincente en la más humana y más heroica de sus sinfonías. Se desprende de esto que el camino puramente humano es el más efectivo para llevarnos a la experiencia sublime, la cual es, en definitiva, una experiencia puramente humana. Al final, tendríamos que poner en duda la “religiosidad” de lo sublime. Más bien parece que el contenido religioso se lo damos nosotros según la actitud que tengamos frente a esa experiencia y no que éste sea una cualidad intrínseca de ella.